

LA GUINDA

Ángel Paz Rincón

Poder panóptico

Fue Bentham quien imaginó la construcción de un edificio para que fuera la sede de distintas instituciones (hospital, psiquiátrico, acuar-telamiento, escuela). Estructura arquitectónica que tuviera la posibilidad de que todos los que en ella habitaran, pudiesen ser vigilados constantemente.

El poder, a partir del XVII, se hace hydra, se mimetiza en mil objetos, se incrusta en mil ideas e invade territorios emergentes de la revolución burguesa. Desaparecen los grandes rituales feudales de sometimiento al soberano; su presencia ya no necesita del fasto real. Desde el exterior migra al interior de los sujetos.

El mundo actual es un gran panóptico, todos estamos siendo observados, todos podemos observar. En este ajeteo nos olvidamos de que algunos tienen una posición privilegiada en el poder-mirar. Hay perspectivas únicas que controlan los focos luminosos que dan el color a las cosas, crean sombras, orientan lo que debe ser visto y deslumbran a los que miran donde no deben. Juegos de luces que crean ilusiones, promesas de progreso, rayos de utopía... pero que ocultan rincones de pobreza, escondrijos oscuros, sujetos que han perdido capacidad para mirar por su cuenta. Lumidominados que miran con la luz que ellos proyectan que no es otra cosa que el mero reflejo de la luz de los otros. Puro anamorfismo.

El panóptico desplaza el poder a la mirada, pero a una mirada condicionada por el entorno abisal donde se desarrolla: ¿Catoblepas o basilisco? Nos da lo mismo.

La institución escolar, encargada de la selección y clasificación de todos y todas, ha adaptado el panóptico a la realidad con algunos artilugios: el control de las miradas en clase, deberes para comprobar que, a pesar de la no-presencia del aula, están haciendo lo mismo; la colaboración de los padres para que hagan lo que la institución escolar ha programado... y en un detalle de postmodernidad, el seguimiento con cámaras, móviles y otros trastos electrónicos que dejan registrados todos los movimientos del alumnado. Creo que a ellos no les queda otra solución que refugiarse en el botellón de la noche... hasta que pongan cámaras de visión nocturna.

EL MIRADOR

El mirador de albas

Álvaro Moreno Ancillo
Médico



No hacía mucho que la primavera había irrumpido en el valle. La noche, cubierta de errantes nubes grises, se vestía de una inquietante negritud, huérfana de luna. El

hospital emergía solitario, fantasmalmente iluminado por sus eléctricos emblemas. El Dr. M. subía cansinamente las escaleras que le llevaban a su dormitorio esperando que la guardia concluyese sin complicaciones. Un inexplicable temor le había invadido en esas últimas horas en las que la madrugada se aleja de la medianoche, y se había mantenido incluso cuando empleaba su irónica dialéctica con el Dr. C., enjuto urgenciólogo treintañero, de piel oscura, barba rala y argumentos adolescentes.

La escalera se hizo especialmente pesada en el tramo que alcanzaba la 6ª planta. En el rellano, una mujer joven, de gesto preocupado, cruzó con él sus glaucos ojos.

Era una mujer hermosa, de tez pálida y cabello oscuro. Su figura estilizada soportaba con dignidad un cómodo chándal gris, traje de faena en el penoso acompañar nocturno. El médico susurró un saludo. Ella lo devolvió con más vigor. Sus ojos, dos esferas profundas y esmeraldas, le atraparon dirigiéndole hacia la 6ª planta. Ella le siguió.

S., la enfermera, le saludó con cortés amistad.

-¿Cómo está el 601? -preguntó el galeno.

-Agoniza -indicó S. susurrando.

-Así es la vida -dijo el médico intentando parecer más indiferente de lo que el tremor de su voz demostraba-. O la muerte...

El silencio se adueñó de la conversación y él se marchó. Deseó que no le llamaran. A pesar de tantas muertes presenciadas y anunciadas, a pesar de la aprendida dureza de su corazón, aquella noche deseó no tener que bajar.

Pero el teléfono sonó apenas 2 horas después.

-Ha habido un exitus.

El médico se levantó somnoliento. Se ajustó el pijama blanco y fue al lavabo, donde el agua fría despejó su sopor.

En el pasillo de la 6ª, la mujer de antes escondía su rostro entre unas manos blancas de dedos delgados. Él pasó a su lado apresuradamente, murmurando un corto consuelo, y entró en la habitación. El clásico olor de la muerte le sobrevino; un olor conocido, acedo y dulce...

En la habitación, la enfermera sujetaba un electrocardiograma

Los brillos añiles se acercaron hasta situarse a escasos centímetros de sus ojos y, entonces, en un segundo que le pareció infinito, penetraron en su cabeza

poblado de líneas paralelas. Entonces sucedió. El olor se tornó fresco; la luz, escasa y tenue, ganó brillantez sobre el desvencijado manojito de huesos y escasa carne del cadáver. El Dr. M. percibió erizarse su piel. Sus manos sudaban, su corazón se aceleraba, y sus ojos, clavados en el muerto, zigzagueaban en un nistagmo incontrolado.

-Vuelve a pasar -murmuró.

Mientras, la luz ascendía adquiriendo una forma humana. Dos puntos de color añil se elevaron hasta alcanzar la imaginada cabeza del ente luminoso que se suspendía en el aire frente a él.

-Yo no veo nada -susurró S. aterrada, mientras alcanzó la puerta y salía.

El Dr. M. se desplomó sobre el sillón donde minutos antes la mujer de ojos glaucos dormitara. Los brillos añiles se acercaron hasta situarse a escasos centímetros de sus ojos y, entonces, en un segundo que le pareció infinito, penetraron en su cabeza.

La habitación era una antorcha. Las camas y las taquillas levitaron como plumas en un baile de color azulado. El médico gimíó. Impulsado por una invisible fuerza cayó de rodillas respirando trabajosamente. Entonces los brillos añiles le abandonaron y la luz volvió a ser tenue.

Unos instantes después, el médico abrió la puerta de la habitación. En su gesto, el cansancio se había multiplicado. Sus manos, pegadas a al cuerpo, vibraban con incontrolada ansiedad.

-Háblele a sus hijos de él -musitó con una voz grave y pastosa-. No quiere que le olviden.

La mujer inició una tenue sonrisa a pesar de no alcanzar a comprender lo sucedido.

El Dr. M. bajó los ojos y se dirigió al despacho; aún había que rellenar los papeles...

En la mitad del pasillo, S. le detuvo mirándole de forma inquisitoria.

-Otra vez -dijo él.

No habló más. Se encerró en el despacho y concluyó la burocracia.

Entonces sonó el "busca".



El juego lúgubre. 1929. Dalí